

Romanos 8:28-30

Sermón Romanos 8:28-30 Pentecostés 9, 2014 Joel 3:12-16;
Rom. 8:26,27; Mateo 13:24-30, 36-43

“Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.” (Romanos 8:28–30)

En los versículos antes de nuestro texto, se habla de nuestras debilidades. Debilidades tan fuertes que no sabemos ni cómo pedir a Dios lo que necesitamos. Pero en estas dificultades, se nos asegura que el Espíritu Santo mismo que mora en nosotros gime a Dios, haciendo conocidas a Dios nuestras debilidades y necesidades y pidiendo precisamente lo que necesitamos en conformidad con la voluntad de Dios. En el pasaje que estamos considerando hoy, el mismo Espíritu Santo con estas palabras nos da gran consuelo y fortaleza en medio de las debilidades y las tribulaciones. Nos asegura que todas las cosas nos ayudan a bien. Y nos explica por qué es así. Es porque Dios nos conoció y predestinó desde la eternidad. Es porque conforme a su propósito Dios nos llamó. Es porque al llamarnos nos justificó. Y es porque todo esto también nos garantiza nuestra glorificación.

“Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. Todas las cosas nos ayudan a bien. Ésta es la seguridad que todos los cristianos tenemos sobre la base de las seguras promesas de la palabra de Dios. ¿Por qué podemos tener esta seguridad? Pablo nos dice que es porque Dios nos conoció y predestinó en la eternidad. Nos conoció de antemano. Antes que nació, Dios nos conoció y escogió para ser suyos. Este conocer no es algo sólo intelectual, sino es algo con afecto y amor, de modo que equivale a escogernos para ser los objetos de su amor.

En línea con esto, también nos predestinó. Es decir, que Dios determinó nuestra salvación por su pura gracia. Después de todo, esta elección sucedió, en relación con Cristo, como dice

Pablo en Efesios, “antes de la fundación del mundo” (Efe. 1:4). Pero esta predestinación tiene también otra gran conexión con Cristo. El gran propósito de Dios es conformarnos a la imagen de su Hijo Jesucristo. “Los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo”. El Hijo también pasó por aflicción y tribulación. Asimismo, “Y no solo ella [la creación], sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperarlo?” (Romanos 8.23–24). Pero el sufrimiento de Cristo que soportó en beneficio de nosotros, para obtener el perdón de nuestros pecados, resultó en gloria eterna para él. Y ahora debemos ser hechos conforme a esa gloriosa imagen, comenzando ahora con la renovación que resulta de nuestra conversión, y culminando en el acuerdo perfecto con la imagen de Cristo que gozaremos en la eternidad.

Así Cristo es el primero, pero hay una gran familia que le sigue: “para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”. Cristo es el primogénito, pero será acompañado por “una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos. Clamaban a gran voz, diciendo: «¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!».” (Apocalipsis 7.9–10).

Pero hay otra razón por la cual podemos confiar que todas las cosas nos ayudan a bien. Dios no dejó ese bendito decreto quedarse escondido en los secretos de su propia mente, sino manifestó su amor a los que antes conoció y predestinó. A éstos también los llamó. Pablo a veces puede llamar a los cristianos sencillamente “los llamados”. No está hablando sólo de la invitación del evangelio con este término aquí. Más bien cuando Pablo habla de los llamados habla de los que no sólo han escuchado la invitación a creer en Cristo y ser salvos por él, sino que han respondido a esa invitación creyendo que Jesús es su Salvador. La expresión “los llamó” aquí, entonces, es equivalente a decir los llevó a la fe por el bautismo y la predicación del evangelio. Estas personas, que han sido llamados a la salvación y han respondido creyendo la promesa de la salvación sólo por la fe en Cristo, son precisamente los que

“aman a Dios”. No se puede creer en el Salvador que dio su vida por nuestra salvación sin también amarlo a él. En un sentido se puede decir que el amor es la otra cara de la moneda de la fe. Donde hay fe, también hay amor para Dios. La fe siempre va acompañada con amor. Precisamente de los que “aman a Dios” dice Pablo que “todas las cosas los ayudan a bien”.

También podemos tener confianza que todas las cosas nos ayudan a bien porque a los que Dios conoció, predestinó y llamó, “a estos también justificó”. Ésta es una palabra clave en la doctrina bíblica de la salvación. Los beneficiarios en sí mismo son pecadores, que merecen la condenación eterna por su desobediencia a Dios. Cada uno de nosotros, si comparamos nuestra vida con lo que Dios exige en los Diez Mandamientos, vemos que no hemos cumplido cabalmente ninguno de ellos. Pero de los que violan esos mandatos de Dios, la Biblia declara que “el alma que pecare, ésa morirá”. Pero el evangelio con que fuimos llamados nos asegura que Dios mismo, en la persona de su Hijo Jesucristo, pagó en nuestro lugar todo el castigo que nosotros merecimos. Cristo mismo se cargó con todos nuestros pecados. Y porque él murió por nosotros y resucitó, Dios ahora declara justos a nosotros los pecadores. Nos anuncia que él ya no cuenta ningún pecado contra nosotros, que somos absueltos de todos ellos. Eso es lo que significa que Dios nos justificó. Por medio del evangelio proclama nuestra justificación, y creyendo el evangelio, somos justos delante de Dios.

Esto quiere decir que en realidad aun las cosas malas, aun las tribulaciones, no pueden ser ya los castigos de un Dios airado, sino más bien la sana disciplina de un Padre amante, que sólo busca nuestro bien, así que, en realidad, todas las cosas nos ayudan a bien. Pablo ya ha recordado a los cristianos en Roma de esto cuando escribió en el capítulo 5: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.” (Romanos 5.1–5).

Y podemos estar seguros de que todas las cosas nos ayudan a bien porque Dios también garantiza la meta final de su propósito

salvador. “Y a los que justificó, a estos también glorificó”. Es impresionante el uso del pretérito también para el acto de glorificarnos. Pero no debe sorprendernos demasiado. Como descansa sobre un propósito y una decisión eterna de Dios, su cumplimiento es tan seguro como que también ha hecho ya las otras cosas en la lista, la predestinación, el llamamiento y la justificación. Lo que Dios ya ha determinado es de por sí seguro. Y cuando ha dado evidencia en nuestro caso particular de que eso fue su propósito llamándonos y justificándonos, ¿por qué estaríamos en duda de si puede o quiere también glorificarnos? Así que se puede hablar de la glorificación con la misma seguridad con que hablamos del llamamiento y la justificación. Puesto que todo nos ayuda en el camino para llegar a esa gloriosa meta, es seguro que “todas las cosas nos ayudan a bien”. ¡Qué misericordioso es Dios! Cuán hermosas sus promesas. Amén.